

# El compadre Bototo: un espíritu vegetal que sana la infancia desde el monte llanero

**Valentina Pachón Bonet<sup>1</sup>**

valentina.pachon@academia.unimeta.edu.co

<https://orcid.org/0009-0000-0811-5687>



## Introducción

En los Llanos Orientales de Colombia, particularmente en municipios como Cumaral, Acacías y San Martín (Meta), pervive una amplia agrupación de saberes tradicionales que entrelaza espiritualidad, medicina ancestral y vínculos afectivos con la naturaleza. En el centro de este paisaje físico y simbólico se encuentra el Compadre Bototo, un árbol sagrado, alabado por su facultad de sanar a niños que han sido “descaujados” o que han “agarrado hielo”, según las expresiones locales. Estos términos, cargados de representación cultural, aluden a dolencias que, aunque no reconocidas por la medicina científica, son profundamente comprendidas y tratadas en el marco de las cosmovisiones populares.

El presente artículo propone una mirada etnográfica sobre el Compadre Bototo y las ceremonias asociadas a su poder curativo, en tanto expresiones vivas de un sistema de salud tradicional. La práctica de llevar a los niños enfermos a este árbol para rezar, sobarlos,

---

<sup>1</sup> Comunicadora social y periodista en formación de la Corporación Universitaria del Meta – UNIMETA. e investigadora independiente de saberes populares.

envolverlos en prendas y amarrarlos a su tronco no es netamente un acto de cuidado, sino también una forma de relación simbólica con un ser natural que propaga su materialidad vegetal para convertirse en un agente activo, protector y compadre espiritual. Esta sanación no se reduce únicamente a lo físico, sino que responde a la necesidad de restablecer un equilibrio roto entre el cuerpo, la emoción, la comunidad y el ambiente.

Desde una perspectiva interdisciplinaria, lo que sucede en torno al Compadre Bototo puede entenderse como una alternativa viva al modelo biomédico occidental: un acto de sentido en el que la comunidad reconfigura sus propias formas de cuidado, resistencia y dignidad. Este trabajo se construye a partir de testimonios orales, observaciones y referencias teóricas clave, con la intención de mostrar cómo estas prácticas rituales articulan memoria, espiritualidad y agencia comunitaria en espacios donde la institucionalidad sanitaria suele estar ausente o resulta insuficiente.

## **Cuando los árboles abrazan**

“Los niños se hielan”, dice Nubia Herrera Cendales desde Cumaral, con la certeza que otorgan los saberes heredados. En su voz se cuele el temblor de generaciones que, ante la exposición a enfermedades de los más pequeños, encontraron abrigo no en un hospital, sino en un árbol. No cualquier árbol: uno que abraza, que escucha, que cura. Uno al que llaman *el Compadre Bototo*.

En las entrañas del Meta, donde los caminos se abren paso entre sabanas y montes, se mantiene viva una tradición que mezcla raíces culturales, hojas de espiritualidad y ramas de resistencia. Frente a enfermedades infantiles como el “cuajo” o el “hielo de muerto”, la medicina occidental parece quedarse corta. Pero en los Llanos, el bosque habla, y hay quienes aún saben escuchar.

## Cuerpo, energía y afecto

El cuerpo infantil es, para muchas familias llaneras, un territorio poroso. No está hecho solo de carne y hueso, sino de flujos invisibles que pueden alterarse ante un susto, una caída o el roce con la muerte. Así nace el “descuaje”, cuando el cuajo —ese eje vital que nadie encuentra en los libros de anatomía pero que todos reconocen al tocar una barriguita suelta y dolorida— se desacomoda. Así también se hiela un niño cuando su energía se congela al pasar cerca del frío de un difunto o del silencio de un velorio. No importa si la pediatría no registra estos síntomas. Las madres lo saben, las abuelas lo han vivido y las sobanderas lo han curado. Porque hay saberes que no entran en frascos, pero sí en manos tibias y en árboles sabios.

## El árbol que sana

El Compadre Bototo, o *Ficus dendrocida*, no es un simple vegetal. Tiene presencia, voluntad, carácter. Se le respeta como a un anciano y se le ruega como a un santo. Se le habla, se le agradece, se le saluda. Y si no lo haces, se puede enojar. Este árbol, presente en caminos hacia Chichimene y otros rincones del Meta, se ha convertido en padrino de muchos niños que fueron alzados, abrazados y atados a su tronco como parte de un ritual ancestral. Tres vueltas rezando el Credo. Tres días con una prenda colgada. Tres súplicas al cielo. Y una fe que no se dobla. La lógica del Compadre Bototo no entra en la farmacia, pero cabe perfectamente en el corazón de quienes han visto a un niño enfermo reír de nuevo tras ese encuentro. Porque no se trata solo de síntomas, sino de un vínculo profundo entre la vida humana y la del monte.

## Más que creencias

Hablar del Compadre Bototo es hablar de espiritualidad, de medicina popular, de cuerpo y territorio. Pero también es hablar de cultura.

Dentro de la antropología se ha encontrado en estas prácticas un reflejo para mirar cómo las comunidades interpretan la salud, el sufrimiento y la confianza. Arthur Kleinman (1988) distingue entre *disease*, *illness* y *sickness*, recordándonos que lo primordial no es solo lo que duele, sino cómo se vive y se interpreta ese dolor. En ese marco, el helarse y el cuajo son formas culturales de nombrar lo que no siempre se ve, pero se siente intensamente. Clifford Geertz (2003) nos diría que el Compadre Bototo es un símbolo cargado de significado, un acto simbólico que busca restablecer el equilibrio roto entre el cuerpo y el alma. Y Nancy Scheper-Hughes (1987) menciona que el cuerpo no es solo biología: es historia, es comunidad, es sufrimiento social encarnado. Para Philippe Descola (2017), el Compadre Bototo sería un agente no humano, una entidad con la que se establece una relación directa, casi familiar. En su visión animista, la naturaleza no es solo un fondo pasivo, sino un sujeto activo con quien se convive, se pacta y se sana.

## El ritual continúa

Aún hoy, cuando muchos de estos saberes han sido relegados al olvido o la burla, el Compadre Bototo sigue allí. En la orilla del camino, bajo el sol llanero, con su tronco cubierto de pañales, camisetas y medias pequeñas. Cada prenda es una memoria, una promesa, una victoria sobre la desesperanza. Solo cura niños, dicen. Porque la infancia es ese umbral donde todo aún es posible: lo invisible se toca, lo inaudito se escucha, lo improbable se cree. Y es a esos niños, a quienes aún tienen el alma abierta, que el Compadre Bototo protege.

## Un abrazo vegetal

El Compadre Bototo no necesita recetas. Cura con sombra, con silencio, con existencia. Es un aliado, un compadre, un guardián. Y cuando una madre se para frente a él y le susurra “buenos días, compadre”, no está repitiendo una costumbre, sino renovando un pacto sagrado entre lo que es la humanidad y la naturaleza. Porque

donde la medicina se calla, la tradición canta. Y donde la ciencia no llega, la fe brota como raíz en tierra fértil.

## Reflexiones finales

En cada pedacito de tela colgado al compadre Bototo late la esperanza de una familia, la fe sencilla de quienes, más allá de la ciencia, encuentran en lo natural un refugio espiritual. Este árbol no es solo corteza y hojas: es testigo de plegarias, de silencios compartidos, de madres y padres que le entregan a la sabiduría ancestral la salud de sus hijos. Creer en él también es un acto de vitalidad cultural, una forma de venerar los vínculos con el territorio y los saberes populares. Porque, en últimas, ¿quién puede refutar el poder de aquello que no se ve, pero que mueve corazones?

## Bibliografía

- Descola, P. (2017). ¿Humano, demasiado humano? *Desacatos*, (54), 18–33.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas* (A. L. Bixio, Trad.). Gedisa. (Trabajo original publicado en 1973)
- Kleinman, A. (1988). *Las narrativas de la enfermedad: sufrimiento, sanación y la condición humana*. Basic Books.
- Scheper-Hughes, N., & Lock, M. M. (1987). The mindful body: A prolegomenon to future work in medical anthropology. *Medical Anthropology Quarterly*, 1(1), 6–41. <https://doi.org/10.1525/maq.1987.1.1.02a00020>